

Sergio Levinsky

AFA

**El fútbol pasa,
los negocios quedan**

UNA HISTORIA POLÍTICA Y DEPORTIVA

 **AUTORIA**
Editorial



www.atoria.com.ar

Dirección editorial

Gastón Levin

Autor

Sergio Levinsky

© De la presente edición, 2016

© Levinsky, Sergio 2016

© Autoría Editorial, 2016

Edición y corrección

Federico Juega Sicardi

Diseño de tapa

Raquel Cané

Diseño de interior

Marcela Rossi

Levinsky, Sergio

AFA. El fútbol pasa, los negocios quedan / Sergio Levinsky.-
1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Aatoria Sherpa, 2016.
432 p.; 23x15 cm.- (Libros de la A; 3)

ISBN 978-987-45920-6-4

1. Política de Deportes. 2. Fútbol. 3. Mundiales de Fútbol. I. Título.
CDD 796.33463

Primera impresión publicada por Autoría en el mes de agosto de 2016.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin previo consentimiento del editor/autor.

Índice

Agradecimientos	13
Prólogo , por Fernando Segura Millán Trejo	15
Introducción	19
1. La protohistoria (1867-1930)	23
Las bases	23
Problemático y febril	24
El Alumni, las broncas y las escisiones	26
La gran división	31
La incipiente miopía dirigencial	33
Fútbol, profesionalismo y política	36
Cuestión de estilo	39
La fusión llega hasta la Presidencia de la Nación	41
2. De la consolidación a los años dorados (1930-1944)	45
El golpe: la dirigencia y el profesionalismo	45
La primera huelga	48
Un año después del golpe: la Liga	50
Luego del caos, más caos	53
Por fin, la AFA	55
En medio de todo, un Mundial	58
Mandan los clubes grandes y se pierde el Mundial de 1938	59
Ayuda estatal para los estadios e incorporación de los rosarinos ..	64
De oportunidades y jugadores perdidos	67

3. El peronismo y la huelga de 1948 (1945-1955)	71
Todos unidos... ¿triunfaremos?	71
El conflicto gremial y la huelga	77
Éxodo y el retorno de más poder a los "chicos"	80
El Mundial de 1950 y otras oportunidades perdidas	83
El peronismo y su relación con algunos clubes	87
Corolario.	94
4. El Mundial de Suecia, intervención, violencia y negocios (1955-1966)	97
El golpe de 1955 y sus consecuencias.	97
El nuevo y no tan nuevo panorama	100
Vergüenza mundial	103
Los DT y los negocios, un fútbol de clase media	108
El fútbol espectáculo.	112
5. El conflicto permanente (1966-1975)	121
Buscar un rumbo.	121
Lo aprendido: el nuevo "orden"	128
Valentín Suárez, un "adelantado", y Ramos Ruiz, un estudioso	135
El Mundial de México de 1970, la falta de horizonte y el negocio	139
Una huelga a la intervención	146
6. La normalización y la primavera democrática (1973-1976)	153
El gobierno, el poder y otras cuestiones.	153
Hacia la "normalización"	156
El Mundial de Alemania	160
De vuelta.	163
7. La AFA y la dictadura (1976-1983)	167
El último golpe: hacia el Mundial.	167
Qué hacer con la AFA y los negocios del Mundial	170
El frente interno.	177
El "Proceso"	180
Argentina 1978.	186
La continuidad: Julio Grondona	194

8. Grondona, la democracia y el Mundial de 1986 (1983-1989)...	207
Don Julio.....	207
Antes de México 86	211
Los clubes y la economía	216
En México.....	235
9. Grondona, los años noventa y los torneos sin competencia (1989-1999)	239
Fútbol, neoliberalismo y mercado	239
Grondona, el frente externo y el Mundial de Italia	244
Todo pasa	250
La idea de las SA y los torneos cortos	254
Estados Unidos 1994 y la etapa posmaradoniana	264
En otro orden de cosas	273
Amor y odio: Grondona y “El Diez”.....	280
10. La AFA en tiempos de crisis (1999-2003).....	285
La familia del fútbol	285
“El Loco”, la inseguridad y otras cuestiones	289
La crisis económica y Julio Grondona SA	294
Que lo mira por TV... ..	299
La AFA allanada y la ISL en quiebra	305
Fin de ciclo	311
11. La AFA en la era K (2003-2014).....	313
Una nueva era	313
Negocios son negocios	320
No positivo	325
Fútbol Para Todos.....	333
Ultraviolento	345
River a la B y última reelección	354
Diego, Sudáfrica, Brasil.....	357
12. La implosión posgrondonista (2014-2016)	363
La herencia de Grondona	363
Segura transición, y no tanto.....	367
Mientras tanto, en Zúrich, en Buenos Aires, en todo el mundo... ..	375
Elecciones	382
Intervenciones y otros fracasos	399
Final abierto.....	406

Anexo 1. Historia de los nombres de las asociaciones, federaciones y ligas del fútbol argentino	411
Anexo 2. Presidentes de las asociaciones, federaciones y ligas del fútbol argentino	413
Notas	417

Agradecimientos

A Gastón Levin, por la confianza y por las precisas indicaciones.

A Esteban Bekerman, uno de los periodistas que más sabe de la historia del fútbol argentino, por su permanente colaboración y sus excelentes consejos.

A Entre Tiempos, el lugar exacto para encontrar la bibliografía necesaria de temática futbolera.

A Eduardo Cantaro, por tan buena documentación y comentarios.

A Juan Roberto Presta, por su disposición.

A Enrique Santos Molina, por su paciencia.

A la confitería Tot d'Avui de Vall d'Hebron, en Barcelona, y en especial a María José, por tan buen clima para trabajar durante largas horas.

A Fernando Segura Trejo, por su muy valiosa contribución.

A Carlos Pandolfi, de Futbolistas Argentinos Agremiados, por la documentación.

A los entrevistados (en *on* y en *off*).

A Juan Ignacio García Marinovich, por su predisposición y su contracción al trabajo.



Prólogo

En Argentina, el fútbol constituye un espacio cultural de los más importantes, si no el más significativo en sus diferentes dimensiones. Constructor de identidades individuales, barriales, regionales y nacionales, el fútbol es un hecho social total. Su casa de gobierno, la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), puede definirse como un recinto de poder que gestiona, distribuye, negocia, vende y renegocia el fútbol. La AFA ha tejido relaciones complejas y ha sabido manejarse con todo gobierno de turno en las últimas décadas. Inclusive, sus orientaciones han tenido repercusiones que han permeado en la gestión mundial de la industria mediante la influencia en la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA), cuyos escándalos de corrupción de 2015 confirmaron toda una serie de mecanismos de clientelismos, favores, compra de votos, arreglos con grupos mediáticos y cuentas bancarias suculentas.

La AFA es el producto y la historia de una forma de gobierno que ha creado, paulatinamente, un microcosmos muy particular. El autor de este libro, Sergio Levinsky, presenta una documentación notable acerca de la constitución de la sede del fútbol: desde lo que llama la protohistoria entre los años 1867 y 1930, periodo en el que se gestó el circuito urbano de los clubes y la concentración unitaria de presidir el *football* desde Buenos Aires, hasta las vicisitudes del caos post-Julio Grondona en la segunda década del siglo XXI. El libro narra las tempranas pujas por el control, las tensiones entre el amateurismo y la consolidación del profesionalismo en las constantes intrigas entre clubes, cismas y ligas paralelas hasta la fusión, en 1934, de la Asociación de Football Argentino.

Las dictaduras sucedidas desde el golpe de Estado de 1930 y aquellos gobiernos elegidos en las urnas entendieron, con rapidez, que el fútbol era



demasiado importante como para delegarlo enteramente a manos privadas. Dados los intereses sobre la AFA, el tránsito por sus pasillos pasó a ser codiciado por las más diversas ambiciones. Intervenir y controlar la AFA se convirtió en una trama que duró décadas. Los gobiernos de Perón plasmaron su política de Estado en ella. Lo mismo hicieron los comandantes de facto posteriores. El periodo de Onganía ilustra el discurso marcial de presentar los triunfos de equipos nacionales como victorias de la *patria*.

Mientras tanto, el endeudamiento de los clubes y el vicio de pedir dinero al Estado se fue instalando como un *modus operandi*. Al final de cuentas, el Estado siempre terminó respondiendo. Organizar un Mundial era también algo pendiente desde 1938. Llegado el momento, fue prioridad absoluta para la dictadura que irrumpió en 1976, y el Ente Autárquico Mundial 1978 (EAM 78) desplazó a la AFA de la gestión. La Copa del Mundo era una vitrina celosamente ponderada por la dictadura. Pero fue en ese contexto, cuando el hombre clave del EAM 78, el vicealmirante Carlos Lacoste, fue promovido a un cargo en la FIFA por su amigo y presidente, João Havelange, cuando emergió hacia la dirección de AFA, en 1979, un *hombre de los clubes*: Julio H. Grondona.

Julio Grondona, conocido en la *familia* de la AFA como “Don Julio”, surgió del seno de aquellos clubes que vieron durante años cómo los poderes políticos, democráticos y de facto intervinieron e impusieron su agenda en la casa del fútbol. Con experiencia como presidente de Independiente de Avellaneda, uno de los denominados grandes de Argentina, y fundador de uno pequeño, Arsenal de Sarandí, Grondona supo así manejar a unos y otros. Pero entendió, sobre todo, cómo acomodarse a cada contexto del país e ir creando un Estado dentro del Estado, como lo interpreta el autor del libro.

El título de 1986 con Diego Maradona como estandarte redobló el poder de la AFA y, ante todo, el de su presidente. Si bien estaba identificado inicialmente con el partido del presidente de la Nación, Raúl Alfonsín, el haber resistido a embates para destituir a Carlos Bilardo como director técnico de la Selección aumentó, con el triunfo mundial, su autonomía en el rumbo de las decisiones. Ya en los tiempos neoliberales de 1990, la AFA entró en la etapa de contratos y negocios con empresas como TyC y sus socios del Grupo Clarín. Desde la sede de la calle Viamonte en Capital Federal y su oficina anexa en Sarandí, Grondona tejió un poder que haría ganar elecciones a Joseph Blatter en la FIFA y ubicaría piezas claves en la



Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol), haciendo de la AFA un eje central en la geopolítica del fútbol.

Sergio Levinsky indica en el capítulo 11 que para la primera década del siglo XXI el fútbol argentino ya era un aquelarre de intermediarios, empresarios de toda clase, grupos opacos, sin nombre, que compraban porcentajes de pases para, a su vez, transferir jugadores al exterior, barras bravas que se apoderaban a la fuerza de pases de jugadores en las divisiones inferiores para concretar negocios en el exterior y ojeadores de los principales clubes europeos que avisaban ante la primera aparición de un posible crack. Todo esto, bajo la despreocupación del sistema de gobierno personalista en AFA, obsesionado verdaderamente por sellar partidos amistosos de la Selección, pagados en divisa extranjera, sin costos de organización ni salarios para los talentosos jugadores. Se trata de un producto muy cotizado en las plazas internacionales. La AFA de Grondona aprovechó muy bien y ganó mucho dinero con la presencia de Maradona en la Selección en las décadas de 1980 y 1990. Las ganancias se multiplicaron con la nueva aparición del supercrack rosarino del siglo XXI, Lionel Messi. Resulta extraño, aunque no tanto si se considera el sistema imperante y sus vicios, que en un fútbol argentino hecho una máquina de generar dólares, con una AFA rica en sus arcas, los clubes se hayan vaciado.

Pero llegaron épocas en que los socios mediáticos y comercializadores de los productos AFA empezaron a perjudicar al fútbol, a regatearle y a ningunear no solo a su presidente, sino también a los clubes y al público. A este último, lo tuvieron como rehén mostrándole imágenes de tribunas y explicaciones de sus comentaristas-empleados. Para ver los partidos, había que pagar el cable, el *pay-per-view*, y esperar un programa dominical. “Don Julio” se cansó, deshizo el contrato y firmó con el Estado el *Fútbol Para Todos* en 2009. Las deudas siguieron; la falta de rendición de cuentas también. Pero hubo oxígeno para los clubes y pantallas abiertas para la población.

El Mundial de 2014 dejó mejor parado el producto estrella de la AFA, la Selección Argentina, con Messi como su figura, quien desde adolescente fue consentido de “Don Julio”, pues lo consideraba una bendición. Se volvió a jugar una final de Copa del Mundo después de 24 años. Pero el caudillo murió unas semanas después, luego de ocupar la presidencia durante 35 años con el mecanismo de mano levantada en las elecciones. Su muerte desató, lógicamente, un caos y una serie de disputas repletas



de mezquindades, hasta el punto de llegar a situaciones tragicómicas: la distribución de la caja, el reparto del poder, los que estuvieron antes y los que ahora querían subir a posiciones de comando. Toda una anarquía en un contexto donde la Selección Argentina, aunque perdiendo tres finales consecutivas, siguió asegurando prestigio, *cash* y admiración popular por jugadores de una talla del más alto nivel. Mientras haya talento y este sea rentable, hay alimento para muchos.

En tiempos en que el Estado volvió a jugar sus fichas en el destino de la AFA, hacer sus promesas de negocios con viejos socios, grupos multimédios que juegan su propio partido, este libro constituye un acervo para entender la historia del fútbol argentino a partir de su casa de gobierno. Cada capítulo ofrece elementos que permiten comprender cómo se fue construyendo, década tras década, a lo largo del siglo xx y lo que va del xxi, este imperio que tambalea, pero que seguirá siendo un espacio de poder: el botín de la AFA.

Fernando Segura Millán Trejo

Universidad Federal de Goiás (Brasil), investigador afiliado al Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE, México) y al laboratorio Violencia, Identidades, Política y Deporte (Rennes II, Francia).



Introducción

El 3 de diciembre de 2015 era el Día D para el fútbol argentino. Terminaba una etapa de tres décadas y media, caracterizada por el unicato de Julio Grondona, un viejo caudillo de Avellaneda que conocía todas las mañas y que llegó a manejar de taquito, por teléfono y desde Zúrich, una trama compleja de intereses hasta vaciar la Asociación del Fútbol Argentino (AFA).

Por fin desde 1974, los dirigentes, acostumbrados a la dudosa unanimidad, podían votar entre dos candidatos, algo usual en otros países, en otras federaciones, pero no en la entidad local. Sin embargo, la comunidad futbolística argentina asistió a una de las jornadas más bochornosas de su historia, cuando delante de las cámaras de televisión de todo el país y del extranjero, desde el salón de futsal del predio de Ezeiza, el resultado del voto de los 75 asambleístas dio un empate de 38-38.

Dirigentes que manejan una caja de millones de dólares, que representan símbolos tan preciados por gran parte de la sociedad argentina —como los clubes de fútbol, que mueven cientos de miles de socios e hinchas—, no fueron capaces de contar correctamente 75 papeletas para decidir un presidente, algo que podría concretar sin problemas un centro de estudiantes de un colegio primario...

El fútbol argentino, nucleado en la AFA luego de los primeros años de historia, en los que la puja de intereses fue girando de una asociación a la otra hasta madurar en la definitiva, fue creciendo alrededor de dos ejes que trataremos de analizar en este libro, buceando en las profundidades de cada época: por un lado, la lucha entre los clubes poderosos y los más humildes para imponer sus necesidades; por otro, el descubrimiento de que a partir de la popularidad y la exageración de su importancia, debido a otras carencias sociales, el Estado apareció siempre como salvador para



resolver los eternos déficits por las pésimas administraciones caracterizadas por la absoluta irresponsabilidad dirigencial o directamente la corrupción estructural. Descubriremos que el fútbol argentino no es otra cosa que un microespacio que reproduce el macroespacio de la sociedad argentina, como no podía ser de otra manera.

Hace más de medio siglo, otro dirigente de las características de Grondona, Valentín Suárez (interventor y presidente de la AFA en distintas épocas y hombre fuerte del ámbito en los años sesenta), sentenció que “jamás el Estado le bajará la cortina al fútbol”. Es evidente que tuvo razón.

Hay demasiados intereses, demasiadas cuestiones simbólicas en juego; el fútbol ocupa un lugar demasiado trascendente como para que los sucesivos gobiernos no intenten aprovecharse de él. Y, entonces, lo que nació como un deporte practicado por “ingleses locos” se transformó en uno de los grandes temas de los argentinos, que lo viven de manera pasional, exagerada, futbolizados día a día, hora a hora.

Los dirigentes del fútbol, en la medida en que pasó el tiempo y con los cambios estructurales que vivieron, se fueron dando cuenta de que se podía vivir del Estado. Así aparecieron las tentaciones, tanto económicas como de figuración, de ascenso en la consideración pública.

A lo largo de esta extensa investigación, se verá que casi nada de lo que conocemos en la actualidad es nuevo. Como alguna vez dijera el maestro Carlos Peucelle: “Lo que veo ya lo vi, y lo que vi ya no lo veo”. Los clubes grandes pelean contra los clubes chicos por el sistema de votación; unos sostienen que los sufragios se deben basar en la representatividad, y los otros, que deben hacerlo en la igualdad: esto ya ocurrió en el pasado. La AFA le solicita ayuda al Estado para implementar un sistema de apuestas o para que se haga cargo de los derechos de tv: eso ya sucedió. Se recurre al Estado para que haga un préstamo “por única vez” con la promesa de que “será la última”: esto ya pasó. La conformación de un torneo con treinta equipos ya existió, incluso con más aún. Los pedidos de reuniones con la Casa Rosada y las amenazas del Gobierno de intervenir la AFA ya tuvieron un capítulo anterior. La solución, sacada de la manga, de un torneo corto con clubes del interior para satisfacer mínimamente sus reclamos pero con una política unitaria permanente también se vivió antes. Las peleas entre los presidentes de Boca e Independiente, como las de Angelici con Moyano, ya tuvieron lugar tras la Copa Libertadores de América de 1965. El hecho de que no se pueda conformar una Selección olímpica a días de



iniciarse los Juegos de Río de Janeiro ya aconteció en 1924 con los de París, cuando, aún peor que hoy, la Selección Argentina no concurreó y, en cambio, sí fue la uruguaya, a la postre campeona.

No es de hoy que el fútbol argentino desaproveche la chance de ganar títulos mundiales con los mejores jugadores, pretendidos por los clubes más importantes del mundo. Para el Mundial de Suecia, se decidió no contar con la base de la delantera que un año antes había brillado en el Sudamericano de Perú. En cambio, viajó Ángel Labruna con 39 años; no fueron ni Humberto Maschio, ni Antonio Angelillo, ni Enrique Omar Sívori, ni Alfredo Di Stéfano. Tampoco ninguno de ellos estuvo cuatro años más tarde en el Mundial de Chile; ni Ricardo Bochini o Norberto Alonso en 1974; ni Diego Maradona en 1978; ni Ramón Díaz en 1986 y 1990; ni Alberto Márcico en 1990; ni Juan Román Riquelme en 2002. Siempre faltó alguien importante, porque siempre hubo caprichos y dueños de las distintas selecciones que decidían por todos. Por eso, asimismo, en los últimos tiempos el fútbol argentino se dio el lujo de no haber tenido nunca como director técnico a Carlos Bianchi, ganador de cuatro Copas Libertadores y tres Intercontinentales.

Ni siquiera el hecho de que el presidente de la AFA y vicepresidente de la FIFA haya fallecido en el ejercicio del poder es algo nuevo: ya sucedió con Domingo Peluffo en los años cincuenta. Y tampoco es nuevo que la Selección Argentina casi quedara eliminada del Mundial, como en 2009. Ya estuvo a punto de ocurrir en 1985, y efectivamente pasó en 1969.

Este autor pertenece a la generación de los años sesenta y comenzó a acercarse al fútbol a muy temprana edad, como tantos seguidores de este deporte, gracias a la influencia paterna y al escuchar los gritos desde los viejos tableros de madera, en tiempos en los que los jugadores vestían aún camisetas abotonadas y el escudo del club a la altura del corazón. Fue testigo, primero como seguidor y luego como periodista con el inicio de la democracia, de cómo se fue degradando aquel fútbol que era sinónimo de fiesta popular, para transformarse en una máquina de generar problemas, cientos de fallecidos por la violencia que el propio sistema produjo, ayudado por la complicidad dirigencial desde la política o la policial, convirtiendo a los clubes en deudores eternos, esperanzados siempre en alguna mano salvadora. Ni siquiera la sentencia de un síndico sobre que Racing Club había dejado de existir se cumplió.

Con Grondona, y al compás de una sociedad que tras la dictadura cívico-militar se sumió en el abismo más profundo, el fútbol argentino vivió su mayor degradación moral, con el recurso infantil de negarlo todo



y con negocios relacionados con los medios de comunicación, la representación de jugadores y hasta el incipiente narcotráfico.

Este autor fue testigo privilegiado de muchos momentos importantes en su calidad de periodista, asistiendo a mundiales, copas América, Juegos Olímpicos, partidos de clasificación mundialista, etc. Pero también tuvo la suerte de observar el fenómeno como sociólogo, como invitado al Congreso Nacional, trabajando con una diputada de la Nación¹ o hasta presentando un proyecto de ley² de Declaración Jurada Deportiva Anual.

Con más de tres décadas y media cerca de los protagonistas, aunque con la distancia que permiten las ciencias sociales, cuesta vaticinar hacia dónde va el fútbol argentino actual, amenazado por la posibilidad de abrir sus puertas a las sociedades anónimas —rechazadas en los años noventa—, o cercado por los grupos mediáticos, que ya lo despedazaron en una oportunidad y a los que ni siquiera la demostración de sus actos corruptos, de alcance mundial, los detiene.

Esto también plantea un desafío para la sociedad civil, que aún no ha llegado a la expresión de rebeldía de otros países, en los que socios de un determinado club, disconformes con el accionar de los dirigentes, acabaron yéndose y fundando otras entidades; o bien se retiraron de los estadios por la carestía de las entradas; o bien se unieron para protestar por determinados cambios, olvidándose en la semana, cuando no hay partidos, de una rivalidad que es solo deportiva, para unirse en reclamos por cambios concretos o para repudiar las nefastas políticas, como sí ocurrió en 2001 en el nivel nacional.

Una sociedad que les reclama a sus dirigentes “más presencia” en la AFA, o que parte de la base de que los árbitros dirigen en contra de su equipo, o que cree que si se logra un objetivo será “aunque la AFA no quiera”, o que aplaude y les deja el hueco en el mejor sector de las tribunas a las barras bravas, o que pide autógrafos a sus líderes, o que entona sus cánticos violentos tampoco contribuye a modificar el contexto.

Tras 82 años de existencia formal, hoy la AFA termina dependiendo de organismos como la Conmebol y la FIFA, que protagonizaron un gran escándalo en 2015. Vienen a señalar que una institución como esta no son solo “los clubes” y que su estatuto no se adecúa a las normativas. Esto es haber tocado fondo.

¿Será acaso como canta Joan Manuel Serrat, que son bienaventurados los que están en el fondo, porque solo les queda subir? ¿O la historia de la AFA volverá a repetirse una y otra vez, como el *Día de la marmota*?

El tiempo será el encargado de poner las cosas en su lugar.



1

La protohistoria (1867-1930)

Las bases

“Gobernar es poblar.” Aquella máxima de *Las bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), de Juan Bautista Alberdi, fue la más certera definición, vaticinada por la Generación de 1837, sobre lo que ocurriría en una muy joven República Argentina pasada la mitad del siglo XIX y con apenas 51 años de existencia, cuando se jugó el primer partido de fútbol en sus tierras. Ocurrió el 20 de junio de 1867; hay un monolito recordatorio cercano al Planetario Municipal, en el parque Tres de Febrero. Los socios del Buenos Aires Cricket Club habían convocado a jugadores para un estafalario partido de este deporte desconocido hasta ese momento. Al poco tiempo, por iniciativa de Thomas Hogg, nació el Buenos Aires Football Club.³ Ese fue un primer intento de difundir el fútbol —que en aquel momento aún se denominaba *football*, con la grafía inglesa— en el país.

En sintonía con la máxima de Alberdi, alrededor de 500.000 inmigrantes llegaron a la Argentina entre 1880 y 1882, incluida una colonia de británicos destinados a trabajar en el pujante crecimiento alrededor de ferrocarriles y puertos. Con ellos, a pasos agigantados, el fútbol fue ganando terreno de manera desordenada, aunque mayormente fue cooptado primero por las clases más altas, para luego afianzarse entre las más populares. Aquellos “ingleses locos”, que corrían detrás de una pelota de un lado y del otro de un espacio delimitado y que usaban ropa más cómoda, como pantalones cortos o arremangados (no era concebible eso para los adultos), fueron transmitiendo una pasión descontrolada.



Pero tal vez el hito principal en cuanto a los inicios del fútbol argentino fue la llegada al país de Alejandro Watson Hutton en 1882, escocés de Glasgow, graduado en Humanidades en la Universidad de Edimburgo, que trajo consigo pelotas e infladores y que había sido contratado para hacerse cargo del colegio Saint Andrews. Watson Hutton no duró mucho allí, debido a su intención de instalar este deporte de manera insistente, y acabó alejándose por los continuos roces con las autoridades, para fundar la English High School (que sería la base de Alumni).

Hasta 1890, la actividad principal del fútbol se desarrollaba en los colegios. En 1891, F. L. Wooley y Alec Lamont⁴ fundaron la Argentine Association Football League, pero no prosperó demasiado por escasez de recursos administrativos y económicos debido a la falta de apoyos sustanciales tanto del importante club Quilmes Rovers como del propio Watson Hutton, que no estaban de acuerdo con algunas cuestiones sobre la organización del certamen. Sin embargo, tras un receso en el que solo se jugaron algunos partidos amistosos, el 21 de febrero de 1893 Watson Hutton decidió tomar la posta de la institución con el mismo nombre, estableciendo la sede en Venezuela 1230, desde donde luego se mudaría a la calle Del Temple (hoy Viamonte), a pocas cuadras de la actual Asociación del Fútbol Argentino (AFA). Las cinco entidades que conformaron aquella Argentine Association Football League de Hutton fueron Buenos Aires Railway, English High School, Flores Athletic Club, Lomas Athletic Club y Quilmes Athletic Club.

Problemático y febril

Desde ese momento, todo se desarrolló con rapidez. Hacia 1900, la asociación organizaba tres campeonatos: la Primera, con equipos de neto corte británico; la Segunda, con muchos equipos criollos que se iban colocando en Primera a medida que ascendían; y uno de Tercera, para colegiales. Se dispuso que en Primera no podían participar equipos con denominaciones educativas, de modo que fue quedando relegado el High School, y por esta misma razón nació Alumni. Ya entonces hubo, en los mismos inicios, una importante clasificación general del fútbol en Argentina: la asociación fue conformada por clubes y no por colegios británicos; una manera de ir tomando una primera distancia de sus creadores. La organización de las



divisiones y los torneos solía recibir críticas por su falta de coherencia con los descensos o el reglamento de afiliaciones, pero eso fue cambiando lentamente.

Desde 1901, comenzaron a disputarse, además del torneo local, la Copa Competencia y, más tarde, la Copa de Honor, que incluía equipos uruguayos y rosarinos (que atravesaban procesos similares y en forma paralela). El 20 de julio de 1902 tuvo lugar el primer partido de la Selección Argentina, que venció 6-0 a Uruguay en Montevideo. En 1904, apenas unos pocos años después, aparecieron los primeros atisbos de “amateurismo marrón” —así se denomina a la práctica de retribución económica encubierta a jugadores, aunque esto no fuera legal—, porque se instituyó la categoría Cuarta para menores de 17 años, con el fin de darles cabida a los estudiantes, que también iban participando crecientemente del fútbol. Muchos inscribían a mayores en esos lugares y se aplicaban penas por estas faltas. El periódico *La Argentina* llegó a decir que incluso se presentaron “certificados falsos”.⁵

En 1906, además, se agregó cierta burocracia, como las planillas para los informes de partidos y las transferencias de jugadores, para lo que había que pagar un “derecho de transferencia” o penalidades varias.⁶ El desarrollo del fútbol también hizo que comenzaran a discutirse los costos de los viajes de los equipos, si correspondía cobrar entrada o no y por qué monto. Los árbitros eran otro motivo de polémica en esos años, ya que los proveían los clubes e iban a sorteo, aunque en aquella organización incipiente a veces se llegaba al punto de que tuvieran que dirigir a su propio club. Un paso fundamental para la institucionalización del fútbol en Argentina fue la implementación, en 1907, del idioma castellano para las reuniones.

Si en 1891, en el partido final del primer año de la Liga, en que Saint Andrews se impuso a Old Caledonian, hubo quinientos espectadores, 15 años más tarde, en el partido entre Argentina y Uruguay por la Copa Lipton, hubo 18 mil. El cambio pudo haber tenido relación con la curiosidad que generaron equipos visitantes que llegaron de gira, como el Everton y el Tottenham Hotspur (1912) y el Torino (1914), aunque también es cierto que ya habían llegado antes el Southampton Football Club (1904) y el Nottingham Forest (1905) y no habían generado la misma sensación. En realidad, Buenos Aires duplicó el número de habitantes entre 1900 y 1915, lo cual da otra explicación al fenómeno, no solo asociado al interés deportivo. La ciudad pasó de ochocientos mil habitantes a un millón y medio,



y en ese entonces el 50% de la población era extranjera (luego, en 1937, sería el 37%). Lo cierto es que si en 1890 existían cinco clubes y ochenta jugadores, en 1914 eran quinientos clubes y ocho mil deportistas. El público había pasado de cien personas a veinticinco mil en algunos partidos.⁷

Hay que destacar que en 1904 la Argentine Football Association, sucesora de la Argentine Association Football League (1893-1903),⁸ se afilió a la Football Association (FA) de Inglaterra. Aún no existía la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA), fundada ese mismo año. La entidad argentina seguiría relacionada a la FA hasta 1912, cuando por fin se inscribió en la FIFA con el nombre de Asociación Argentina de Football (AAF), siendo la primera del continente sudamericano en hacerlo. La Argentine Football Association (1903-1912)⁹ y luego la Federación Argentina de Football¹⁰ estaban manejadas por una élite dirigenal vinculada con los distintos gobiernos y los principales estamentos políticos, industriales y económicos del país. De hecho, en 1906 el presidente de la Argentine Football Association era Florencio Martínez de Hoz, productor agropecuario, socio de la Sociedad Rural Argentina. Esta lógica sería una constante.

El Alumni, las broncas y las escisiones

Alumni, el equipo más prestigioso de la primera época,¹¹ estaba conformado por mayoría de inmigrantes ingleses que trabajaban como empleados de empresas británicas. Fue el primer conjunto argentino que triunfó sobre los británicos, al vencer a los aficionados de Sudáfrica —con un equipo compuesto por blancos— por 1-0 en 1906. Con los hermanos Brown, dominó el fútbol del país entre 1901 y 1911; solo en 1904 y 1906 Belgrano Athletic pudo quebrar la hegemonía. También en 1904, el 16 de junio, Julio A. Roca se convirtió en el primer presidente argentino en asistir a un partido de fútbol: Alumni vs. Southampton de Inglaterra. De hecho, el mismo Roca fue protagonista de una de las primeras intervenciones estatales en el fútbol: en 1912, en un partido amistoso jugado en Buenos Aires ante un representante brasileño, el presidente bajó al vestuario de los jugadores argentinos para pedirles que, por una cuestión diplomática, trataran de no seguir aumentando el marcador.

Desde 1906 a 1912, la polémica general estaba asociada a si el fútbol era de clase alta o si las clases populares podían acceder al fin a practicarlo con asiduidad. Pero al mismo tiempo otro debate cruzado comenzaba a definirse:



el del fútbol británico y el fútbol nacional. En una primera etapa, los británicos fueron los impulsores de la actividad (1867-1906), pero con la victoria de Alumni ante los aficionados sudafricanos comenzó una segunda fase en la que ya se ponía en duda la superioridad de los “maestros”. Los criollos habían adquirido otra forma de jugar, con otra técnica, y comenzaban a superarlos. Por lo tanto, los promotores originales de este deporte ya no eran tan necesarios en el desarrollo, aunque de manera definitiva esto se palparía en 1912 por un hecho clave: ese año, por última vez, el Quilmes Athletic Club gana un título con tres de los hermanos Brown.¹² Desde allí, ya triunfarían siempre los criollos.

También durante esa temporada Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires (GEBA) se queja de las “compensaciones” que existían como consecuencia de la incorporación de jugadores de las clases populares. Comenzaba el problema del amateurismo marrón, con el debate sobre si el fútbol debía ser practicado por las clases más altas y acomodadas o si, por fin, podían tener cabida en él las más populares, cuya atracción por este deporte iba en notable aumento pero no reunían las condiciones económicas para una dedicación exclusiva. Varias disidencias de distinto tenor motivaron que Independiente, Estudiantes de La Plata, GEBA y Porteño se abrieran de la Argentine Football Association y fundaran la Federación Argentina de Football, con clubes de categorías inferiores que aprovecharon para saltar a la Primera de esa nueva institución. Casualidad o no, 1912 fue el año en que se realizaron elecciones bajo la vigencia de la nueva ley electoral de Sáenz Peña, ley que determinó la obligatoriedad del voto secreto y permitió a las clases populares, por primera vez, pensar en ascender al poder.

En el caso de GEBA, el club se quejó ostensiblemente de que sus socios debieran pagar la entrada para los partidos de la Selección Argentina, que se jugaban en su estadio desde 1910, sumado a que se oponía a que los jugadores recibieran pagos disimulados.

Lo de Independiente era muy distinto y su problema con la Argentine Football Association venía desde lejos. El 8 de septiembre de 1908, se vio notablemente perjudicado por el árbitro Víctor Morazzini en la final de la Copa Competencia de Tercera ante Ferro.

Los dirigentes de los “Rojos” de Avellaneda solían asistir a las reuniones de la Asamblea y del Consejo Superior de la entidad futbolística vestidos con la misma indumentaria con la que salían del trabajo y eran menospreciados por los integrantes de los clubes que tomaban las decisiones, especialmente Juan Gil (San Isidro), Luis Carbone (Racing) y Mariano Reyna (Alumni).



En 1911, Independiente estaba peleando el ascenso a Primera desde la división Extra, aún disminuido por contar con varios jugadores suspendidos, como Hospital o Balbino Ochoa (se decía que en el primero de los casos, por negarse a jugar en River y Banfield, respectivamente), pero cayó en la última fecha ante Estudiantes de La Plata (que ascendió), el 12 de noviembre de 1911, y terminó en la segunda colocación. Sin embargo, con la decisión de Alumni de disolverse para el torneo de 1912, el cupo le correspondía a Independiente, razón por la cual resultaría sumamente polémico el mantenimiento del equipo múltiple campeón en las tres primeras fechas del campeonato, en las que no se presentó a jugar.¹³

La Comisión Directiva de Independiente atribuyó al dirigente Reyna la determinación de Alumni de no renunciar a jugar en Primera al inicio de la temporada con el objeto de frenar el ascenso de los “Rojos”, cuyas habituales protestas eran bloqueadas sistemáticamente en la Asociación. Aunque también responsabilizaban a Carbone, a quien vinculaban de manera estrecha con el poderoso caudillo de Avellaneda Alberto Barceló, en momentos en los que un ascenso de Independiente podía incomodar a su vecino Racing.

Pero el mayor detonante para la escisión ocurrió el 2 de junio de 1912 cuando, por el torneo de la división Intermedia, Independiente tuvo que enfrentar a Boca Juniors, y el mismo árbitro Morazzini expulsó primero al volante Ernesto Sande y luego al centrodelantero Enrique Colla (que lo agredió). Aunque su director técnico y a la vez presidente, Juan Ricardo Mogaburu, protestó los fallos, otra vez no fue tenido en cuenta. Además de que Colla fue descalificado del torneo, los “Rojos” ya tenían suspendidos al arquero Buruca Laforia, Garay e Idiarte, y les clausuraron el estadio hasta fin de año.

Así fue que Independiente tomó la decisión de escindirse de la Argentine Football Association para conformar, junto con otros disidentes como GEBa, Porteño (Palermo) y Estudiantes de La Plata (estos tres, de Primera División), la Federación Argentina de Football, a la que se sumaron otros clubes que provenían de la división Extra, como Kimberley (Núñez), Argentino de Quilmes, Atlanta y se agregó la Sociedad Sportiva Argentina, que no participaba desde 1910 y que luego renunciaría al torneo.

Esta salida de los equipos dejó a su vez a la Argentine Football Association con apenas seis clubes en Primera, por lo cual se decidió que no hubiera descensos (River Plate había sido el último de la tabla, y de esta



forma evitó bajar a la categoría siguiente). En tanto, se decidió el ascenso de varios equipos de la división siguiente: Platense, Boca Juniors, Estudiantil Porteño, Olivos, Comercio, Riachuelo, mientras que Ferro ya había logrado subir porque había ganado el torneo de ascenso. También se sumó Banfield, campeón de Segunda (que en verdad era la Tercera) y se cursó una invitación especial a Ferro Carril Sud para llegar a la totalidad de 15 equipos.

El año 1912, además, marcó el inicio del dominio de Racing Club en la Asociación Argentina. Racing fue el primer equipo compuesto totalmente por criollos de origen proletario: La Academia, con jugadores como Olázar, Ochoa, Perinetti, Betular, Hospital, fue campeona siete años consecutivos entre 1913 y 1919. Claro que hay una explicación extrafutbolística a tanto dominio racinguista: además de su brillante juego, su ya señalada muy buena relación con el caudillo de Avellaneda Alberto Barceló, intendente entre 1909 y 1932, que les entregaba refrescantes empleos municipales a los jugadores para que se dedicaran solo a jugar (otra vez el clásico amateurismo marrón, que ya aparecía con toda su fuerza). Los darseneros de River Plate, por ejemplo, tenían graves problemas para conseguir armar un equipo fuerte como Racing, por falta de esos padrinos.

Hasta 1900, se habían fundado seis equipos en el fútbol argentino, y entre 1901 y 1910 fueron 24, lo cual muestra el enorme crecimiento que este deporte iba teniendo en la sociedad. Por lo general, se trataba de empresas románticas, con grupos de jóvenes reunidos en plazas o cerca del puerto, ideando colores, poniendo dinero de sus bolsillos, con sus allegados como proveedores de indumentaria para poder participar en los distintos torneos.

El debate acerca de cuántos equipos representan el número lógico para que un torneo cumpla con los requisitos de equilibrio, con el fin de mantener la calidad, no es solo de este tiempo: ya en 1913 y 1914, la Argentine Football Association organizaba un torneo de Primera con 15 equipos y uno de Segunda con 13. La Federación Argentina, por su parte, organizaba uno de Primera con 10 y uno de Segunda con 8. Es decir que había 46 equipos disputando los torneos, divididos en dos instituciones. Estas volverían a fusionarse a fines de 1914, aunque ahora con un nombre ya más castellanizado, como era lógico en esos tiempos de cambios y de criollización: se llamarían Asociación Argentina de Football (AAF). Desde ese momento, el número de equipos de Primera se elevó a 25. Entonces, la



Asociación comenzó con la idea de reducir equipos con una política de descensos, para llevarla a 20 clubes en Primera en 1918.

De todos modos, las diferencias entre las dos instituciones fusionadas persistían y estaban relacionadas con los clubes que pertenecían a clases más altas, y que podían dedicarse al deporte sin dificultades, y aquellos de raigambre popular, cuyos jugadores necesitaban de un sueldo que justificara su dedicación o simplemente quedaban excluidos de la alta competencia. El gran dilema era cómo equiparlos y cómo partir de cierta igualdad de condiciones.

Así fue que el crecimiento de los clubes más populares se debió al arraigo barrial y los éxitos deportivos, muchas veces basados en que los de clase alta ponían demasiadas condiciones para asociarse o practicar. En los clubes nuevos y barriales, con algo de amateurismo marrón —los clubes tradicionales se negaban a ello—, los cracks no tenían esos problemas. Es decir que, para ese tiempo, una clara división era la de clubes de fútbol (los de gran atracción popular) y clubes con fútbol (GEBa y San Isidro, por ejemplo).

Puede decirse, entonces, que esta situación entre el amateurismo y el profesionalismo generaría una fuente permanente de contradicciones. Mientras unos continuaban vinculados a una élite, los otros fomentaban la presencia multicultural de inmigrantes. Los clubes ofrecían un marco de integración, con el barrio como eje del nucleamiento social, y esto ayudaba incluso a superar diferencias idiomáticas y culturales.

La convivencia dentro de la AAF iba a continuar con los mismos parámetros: clubes ya asentados con un gran apoyo popular, aunque con jugadores que se las rebuscaban para encontrar quienes les solventaran la actividad, y entidades que no tenían que padecer esta problemática y que miraban de reojo a los otros. Los estatutos daban el poder del gobierno a un Consejo Superior del que dependía un Consejo Divisional integrado por delegados de los clubes. La asamblea que elegía al Consejo Superior estaba compuesta por los representantes de los clubes de Primera (20), de la división Intermedia de Ascenso (22), Segunda y Tercera. Uno de los grandes problemas del fútbol argentino empezaba a asomar, el de la representatividad. El gran debate comenzaba a plantearse: si la democratización consistía en la igualdad de participación de todos los clubes o si aquellos que tenían mucha mayor cantidad de aficionados merecían tener más voz y voto. En otras palabras, ¿la representatividad del fútbol argentino debía estar ligada a la Cámara de Senadores, en cuyo recinto cada provincia tiene



el mismo número de votos, o a la Cámara de Diputados, donde el elemento clave es la cantidad de habitantes?¹⁴

En medio de este gran conflicto, en 1916 hubo un impasse para albergar la primera edición de la Copa América, al celebrarse el Centenario de la Independencia, con la participación de Uruguay, Chile y Brasil. En una tertulia en Buenos Aires, el dirigente uruguayo de Montevideo Wanderers Héctor Rivadavia Gómez¹⁵ le puso el nombre que lleva hasta hoy. El 9 de julio de 1916 nació la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol), con las firmas de los doctores Juan Blengio Rocca (Uruguay), Álvaro Zamith (Brasil), Juan Esteban Ortúzar (Chile) y el argentino Adolfo Orma. Allí se decidió que la copa se jugara cada año, con sede cambiada.

La gran división

El 26 de agosto de 1919, el Consejo Superior de la AAF apercibió a River, Racing, Independiente, Estudiantil Porteño, Platense y Tigre para que designaran a sus delegados en el Consejo Divisional, pero estos no aceptaron y el Consejo Superior los desafilió. Ese hecho provocó la suspensión del campeonato. El 10 de septiembre se reunieron los desafiliados junto a San Isidro, Defensores de Belgrano, Gimnasia y Esgrima de La Plata, San Lorenzo, Estudiantes de Buenos Aires, Sportivo Barracas, Atlanta, todos de Primera División, para solidarizarse con Racing y River. Pedían que se revocara la medida en cinco días. Estos 14 clubes serían expulsados por el Consejo Superior de la Asociación Argentina de Football. Estos hechos se produjeron, además, en ausencia del presidente de la AAF, Ricardo Aldao, quien se encontraba en Europa y renunció al regresar.

La AAF seguía siendo dirigida por una élite¹⁶ y la situación explotó con el cisma de 1919. La historia del cisma comenzó con dos hechos fundamentales: el club Columbian, de Primera, fue cooptado por Almagro, de Intermedia (Segunda), para usufructuar la plaza con su nombre, lo cual estaba prohibido. Fue una vulgar compra de plaza al mejor estilo de la Liga Nacional de Básquetbol.¹⁷ Se inscribió como Sportivo Almagro y fue un escándalo, porque el Consejo Superior de la AAF lo avaló, con Ricardo Aldao, el presidente, en el exterior.

El otro punto importante fue el conflicto que ya entonces tenía Vélez Sarsfield con el poder constituido (algo que con el tiempo sería otra cons-



tante). El Tribunal de Penas suspendió equivocadamente a Miguel Fontana, jugador de ese equipo, pese a que era su hermano Juan el que había sido expulsado ante San Telmo el 11 de mayo de 1919. Los dirigentes de Vélez apelaron por el cambio de sanción; Miguel Fontana jugó los cuatro partidos que el equipo ganó, pero esos cuatro rivales —Unión de Caseros, Excursionistas, Del Plata y Sportivo Avellaneda— reclamaron los puntos alertados por el propio Tribunal, que no veía con buenos ojos el ascenso de Vélez, de criterio independiente. Con los 8 puntos que el Tribunal quitó a Vélez (en ese tiempo, eran dos puntos por partido ganado), protestaron clubes como Racing, River, Independiente, Estudiantil Porteño, Platense y Quilmes, entre otros. Todos ellos se reunieron en el edificio de *La Prensa* el 19 de septiembre. Exigían un cuerpo ejecutivo con todos los representantes de primera, pero los que tenían el poder no cedían y el 22 decidieron crear la Asociación Amateurs de Football. En la vieja asociación aún quedaron Boca, Estudiantes de La Plata, Huracán, Sportivo Almagro, Eureka y Porteño. Nuevamente, dos instituciones regían el fútbol argentino. En 1920, participaron 10 equipos en la Asociación Argentina y 19 en la Amateurs.

La Asociación Argentina, la de Boca y Huracán, sostenía que la escisión se había producido porque varios de los clubes afiliados “tenían un deliberado desconocimiento de sus funciones y atribuciones que el Estado concede al Consejo Superior”. Los disidentes decían, en cambio, que los de la Asociación Argentina eran dirigentes que querían “conservar a toda costa cargos a los que solo pudieron llegar por el voto de las divisiones inferiores, usurpando la representación de clubes importantes”.¹⁸

En Vélez, una asamblea fundamental en su historia puso de manifiesto una duda: o bien continuar en una AAF con la que no tenía buena relación, aunque esto implicaba seguir en Primera y disputar así la muy importante Copa Competencia (se jugó hasta 1920 e incluía equipos uruguayos y rosarinos), o bien ir a la Asociación Amateurs, en la que no había garantías de avanzar deportivamente. Concurrieron 318 socios sobre 400 afiliados, y la votación acabó 317-1. Se optó por lo segundo, debido a la importante intervención del entonces joven vocal José Amalfitani,¹⁹ que alegaba “las malas artes con las que se le han restado puntos conquistados en el field, defraudando de ese modo tan ruin las también legítimas esperanzas de sus socios”.²⁰

El caso contrario al de Vélez fue el de Sportivo Barracas, cuyo presidente, Domingo Arbó, cara visible de la AAF y quien había avalado la maniobra de Sportivo Almagro y había criticado ácidamente a los rebeldes



de la Asociación Amateurs, de repente aceptaba reunirse con esos mismos dirigentes y pegar el salto. Las malas lenguas hablaron de un cheque de 30.000 dólares para construir su estadio por parte del presidente de la Asociación Amateurs, Adrián Beccar Varela.²¹ Sin embargo, no duró mucho allí y al poco tiempo regresaría a la AAF, aunque no solo porque algunos clubes, como Racing, no quisieron seguir ayudando (por intereses que se cruzaban zonalmente con los suyos). El motivo estuvo ligado a la afiliación de la AAF a la FIFA cuando Sportivo Barracas ambicionaba construir aquel estadio para partidos internacionales y necesitaba una buena relación con el organismo internacional. El diario *Crítica* llegó a denominarlo “Sportivo Media Vuelta”.²²

En 1919, Federico Luzio, del Club Progreso, era designado presidente de la AAF, en buena parte gracias a sus vínculos con Roberto Marcelino Ortiz, joven abogado que luego sería presidente argentino en 1938 y que en 1920 fue electo diputado nacional por la Unión Cívica Radical (UCR). Más tarde sería parte del llamado Fraude Patriótico Liberal-Conservador.

El diario *Crítica*, que cubría de lleno el fútbol argentino con un estilo mordaz, ya caracterizaba a los dirigentes de la época: “Un club, por ‘muy prestigioso’, ‘muy caballeresco’ y muchos otros ‘muy’ por el estilo, tiene dirigentes que extravían fondos sociales, o aumentan las salidas con la adaptación de modas nuevas. Eso se nota con el comienzo de las estaciones ante los nuevos surtidos de Harrods o Gath y Cháves”.²³

La incipiente miopía dirigencial

En 1921, Argentina era nuevamente sede de la Copa América, pero el fútbol local se encontraba dividido, como tantas otras veces. Sportivo Barracas ya se había cambiado de bando para poder capitalizar su nuevo estadio, para lo cual necesitaba pertenecer a la Asociación Argentina, que estaba afiliada a la Conmebol y a la FIFA. Estas mismas escisiones se produjeron en Rosario y Montevideo. Rosario Central se separó de la Liga Rosarina, que se mantendría en la Asociación Argentina. Aprovechando los Juegos Olímpicos de Amberes en 1920, comenzaron a venir a Argentina equipos europeos para jugar en Sportivo Barracas. Las buenas actuaciones de equipos argentinos y uruguayos hicieron pensar al dirigente oriental Atilio Narancio que podía ser bueno presentarse en los juegos siguientes de París (1924). Por desgracia, la dirigencia argentina no hizo lo mismo, y finalmente el equipo nacional no



concurrió. También estas equivocaciones, faltas de visión de futuro y estos conflictos serían moneda corriente a lo largo de la historia.

Luego de los permanentes cambios de geografía de los clubes, por el enorme crecimiento urbano, el incremento de la cantidad de espectadores en los partidos y la ocupación de espacios públicos, a mediados de la década de 1920 se fueron asentando y la organización aumentó su exigencia para los campeonatos: inspecciones municipales para comprobar la capacidad de estadios; medidas reglamentarias; afiliaciones en suspenso por incumplimientos. Todo esto tenía que ver con la búsqueda del orden y el disciplinamiento social. Así se dio una natural selección de clubes que sobrevivieron y otros que fueron desapareciendo o ya compitieron de manera marginal.²⁴

Con la salida de la mayoría de los equipos a la Asociación Amateurs, solo quedaron seis en la AAF, y hubo que ascender a muchos para que se sumaran a Boca, Estudiantes de La Plata, Eureka, Huracán, Porteño y Sportivo Almagro. Así, ascendieron para 1920 los campeones y subcampeones de los tres torneos de Intermedia en sus divisiones Norte, Sud y Oeste: Banfield, Lanús, Del Plata, Nueva Chicago, Sportivo del Norte y Palermo. A su vez, Sportivo Palermo, tercero en la zona Norte, no había conseguido llegar a Primera, pero quería hacerlo de cualquier manera. Ofrecieron comprar la plaza a San Fernando, All Boys y El Porvenir, sin resultados. Y también así fue que apareció Eureka, club con muchos problemas para soportar su permanencia en Primera, dispuesto a vender su plaza, aunque esto estaba estrictamente prohibido por el reglamento de la AAF. Sin embargo, fue el propio gerente de la AAF, Pastor Urruti, el que les avisó a los dirigentes de Eureka (a su presidente Luis Lombardi) de la necesidad de Sportivo Palermo. “Hay un farmacéutico con mucha guita, apellidado Sosa, antiguo socio y dirigente de Sportivo Palermo. ¿Por qué no van a verlo?”²⁵ El diario *Crítica* lo grafica con claridad: “Fueron 3.000 pesos para Eureka, 1.300 de coimas varias; un empréstito de la Asociación Argentina de 2.000 pesos concedidos al Sportivo Palermo fue directamente entregado a los directivos del Eureka. El mismo se gestionó con el fin de arreglar el campo de juego. Se despachó con la velocidad del rayo...”²⁶ Así fue que Eureka desapareció al poco tiempo, vendiendo su sede social, y su secretaría se mudó a donde funcionaba la de Sportivo Palermo, en la calle Godoy Cruz. Los jugadores del Eureka quedaron en libertad de acción. Hubo pocas disidencias por esta venta de plaza en la AAF. Apenas el concejal radical Alberto Valabella, delegado del club Por-



teño, que renunció a su cargo: “Callarse es dar patente de legitimidad al hecho”, sostuvo.²⁷

El panorama, entonces, era de dos entidades futbolísticas diferentes, y además, con una selección argentina cada una. En la AAF, el dominio político de Boca y Huracán era notable. “Las reuniones del Consejo y de Comisiones Divisionales se convertían por momentos en un campo de batalla donde cada uno trataba de lograr las mejores posiciones y donde las acusaciones y recriminaciones eran moneda corriente”, señala el historiador Jorge Iwanczuk, gran investigador de la etapa amateur.²⁸

En 1921, con casi todas las federaciones divididas entre sí, llegó una invitación de la Federación Chilena a la Asociación Amateurs para que la Selección Argentina jugara un partido por el aniversario de la independencia de ese país. Pero al hacerlo a esta Asociación, que no era la afiliada a la Conmebol, se provocó una gran controversia, aunque finalmente el equipo argentino viajó a Chile. Como se pidió una dura sanción a la Federación Chilena por lo ocurrido, esta decidió retirar el equipo para la Copa América de Argentina. Aun así, el Congreso fue muy duro; Chile se alió a Uruguay, Brasil y Paraguay reclamando la unificación de las federaciones argentinas y poniendo como plazo el 31 de enero de 1922.

El torneo se jugó en Sportivo Barracas y Argentina fue campeón al vencer a Brasil 1-0 en la final con gol de Julio Libonatti (que luego sería el primer jugador argentino que emigraría a Europa). Lo extraño fue que la Asociación Amateurs le había dado la espalda al torneo y su campeonato se seguía jugando durante el evento sudamericano. Esto motivó un duro editorial de *Crítica*:

¿Qué dicen ahora los dirigentes amateuristas? ¿Arrastra o no arrastra público la Asociación Argentina? Se ha dicho que la Asociación Argentina no contaba con el apoyo popular. ¿Quiéren decirnos los señores dirigentes de la Asociación Amateurs quiénes eran los que ayer en número de 40.000 personas circundaron el estadio de Sportivo Barracas? ¿Eran amateuristas? ¿Y entonces por qué no fueron a ver los partidos organizados por esta institución? Para la Asociación Argentina, el éxito no puede ser más lisonjero pues pone de manifiesto ante los ojos de los propios delegados extranjeros las mentiras, las intrigas y las intencionales campañas de difamación con que ha procedido en todo momento la Asociación Amateurs. El éxito de ayer ha sido un cachetazo dado por nuestros aficionados a los escrupulosos dirigentes amateuristas. Merecido se lo tenían. Y eso que se gastaron unos pesitos en repartir panfletos ignominiosos. ¡Cretinos!²⁹



Fútbol, profesionalismo y política

El diario *Crítica*, que tuvo un rol fundamental en estos años, se preguntaba en 1921 por qué no transitar el camino hacia el profesionalismo.³⁰ El su libro *Héroes de tiento*, Carlos Aira cuenta que en verdad sí había ya una idea clara de profesionalismo en 1921, como lo refleja el diario *El Telégrafo de la Tarde*, que sostiene que implementar del profesionalismo “es moral y perfectamente lícito”, y agrega:

El proyecto tendría un capital social de 800.000 pesos con el aporte capitalista de Luis Barolo, los hermanos Gerino, actuales empresarios de los teatros Liceo y San Martín, de Enrique De Roberts y un fuerte empresario de La Boca llamado Emilio Meincke. La idea es comprar el estadio de Sportivo Barracas y levantar tribunas para 80.000 personas. Se firmarán contratos con equipos profesionales de Inglaterra para que vengan a la Argentina. Se tomarán seis equipos estables, dos a base de profesionales británicos, que luego se distribuirán al resto de los equipos para darle color a la competencia.³¹

Sin embargo, el profesionalismo tardaría una década en llegar. El fútbol ya era de práctica universal en toda la Argentina. Se fundaban clubes, como también la sociedad civil creaba escuelas, establecimientos religiosos, sindicatos, sociedades recreativas y de fomento, mutuales y cooperativas. Ya se habían fundado 21 clubes más entre 1911 y 1921, que se sumaron a los 51 de la primera década, y otros nueve se agregarían entre 1921 y 1930.

En 1922, el fútbol argentino estuvo cerca de recibir en su seno a equipos uruguayos, cuando José María Sosa, dirigente del Partido Colorado y presidente de Peñarol, casi provoca un cisma en la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF). Sosa reunió a los clubes rupturistas Montevideo Wanderers, Uruguay Onward, Liverpool y Dublín, para llevarlos a jugar en el torneo de la Asociación Amateurs, y ya se pensaba en un gran campeonato a ambas márgenes del Río de la Plata. La AAF los llegó a llamar “carneros” y pidió a la AUF que los desafiliara.

En 1923 se inauguró el estadio de River, en ese momento el más grande del país, lo cual significaba un salto cualitativo. River lo había construido con aportes privados y bonos, y no como Sportivo Barracas, que había recibido 30.000 pesos de la Cámara de Diputados, o Boca, que había recibido la misma cifra para su estadio, pero del Concejo Deliberante. Ya desde esos tiempos, la dirigencia del fútbol había entendido que, como en tantos



otros rubros de la vida cotidiana, se podía vivir de los recursos del Estado, tal como sucedería en la relación que mantuvo la oligarquía argentina hasta el presente. El Estado pasaría a ser uno de los vitales sostenes de la actividad, si no directamente el principal en algunas épocas. La importancia que iba tomando el fútbol como fenómeno de masas fue tan espectacular, que la dirigencia política, muchas veces coincidente con la del deporte, o en última instancia relacionada con ella, iniciaría una etapa de protección de la actividad y la creciente industria del balompié.

Justamente en 1923, por disposición municipal, los clubes debieron empezar a abonar el impuesto de barrido y limpieza como si fueran terrenos baldíos. El concejal socialista Andrés Vente presentó un proyecto para eximir a los clubes de esos pagos aduciendo que ya hacían un gran esfuerzo construyendo sus campos de deportes, y que esos impuestos atentaban contra sus proyectos.

Para continuar con la vinculación entre el fútbol y la política, la AAF estaba presidida por Aldo Cantoni, socialista, quien había sido presidente de Huracán (1917-1918) y que volvería a serlo entre 1933 y 1934, y también retornaría a la AAF en 1926. Fue senador nacional por San Juan, gobernador de San Juan y fundador y dirigente del Partido Bloquista. Cantoni sería reemplazado en 1924 por Virgilio Tedín Uriburu (1924-1925) —sobrino de José Evaristo Uriburu—, quien luego sería presidente de Chacarita (1925-1926) y a su vez había sido juez de Paz en la Capital Federal (1900-1906) y vicepresidente (1922) y presidente (1923) del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires. Era abogado, productor agropecuario y docente universitario. En la AAF, Tedín Uriburu coincidió con Beccar Varela en la Asociación Amateurs. Los dos habían egresado del Colegio Nacional Central.³²

Por esos tiempos, los dirigentes de las asociaciones nacionales y de cada uno de los clubes ya tenían en claro que para poder avanzar institucionalmente, o para tener una cierta estabilidad en las competencias, resultaba fundamental tejer buenas relaciones políticas con el poder de turno. Esta sería otra constante en el fútbol argentino: partir de la base de que no se trata solo de una competencia deportiva; fuera del ámbito del deporte, hay muchos otros elementos que juegan su partido. Los clubes necesitaban un padrino fuerte, de algún caudillo con llegada al Gobierno. Así, las relaciones sociales fuera del fútbol se reproducían dentro de él, con doble provecho: para los clubes, el beneficio, y para los caudillos, la visibilidad. Todos iban entendiendo que estas ya eran las reglas de juego y que seguirían siendo así incluso un siglo más tarde.



San Lorenzo, por ejemplo, tenía como vicepresidente a Pedro Bidegain (UCR), con quien reconstruye el Gasómetro para 75.000 personas. Gimnasia, por su parte, reunía presencia radical en esos años, con fructífera relación entre la dirigencia y el Gobierno hasta el golpe de 1930. En 1924, el entonces gobernador de Buenos Aires, Luis Monteverde, le concedió un subsidio al club para la construcción de su sede social, pero recibió otro mayor del Gobierno Nacional, que le permitió erigir una más grande que la que iba a reedificar. Se designaron como padrinos al presidente de la Nación, Marcelo T. de Alvear, y al ex gobernador José L. Cantilo; en 1926, el entonces gobernador Valentín Vergara acudió al acto de inauguración. Por ese tiempo, el presidente del club era Augusto Liliedal, radical, que había sido funcionario en distintos cargos en la provincia. Además, el 26 de abril de 1924, el Gobierno provincial le había cedido un terreno en 60 y 118 para la construcción del estadio en el Paseo del Bosque. A la inauguración se invitó a toda clase de funcionarios. Hacia fines de los años veinte, comenzó a montarse la tribuna oficial, de cemento, gracias al aporte estatal, bajo la presidencia de Juan C. Zerrillo, que había tenido varios cargos en el Gobierno radical (entre otros, senador y diputado). Con el golpe de Estado de 1930, renunciaría Zerrillo y Gimnasia ya no sería beneficiado.

También Belgrano (1929) y Talleres (1931), en Córdoba, construyeron estadios de cemento gracias a contactos políticos locales, y todos los partidos importantes se jugaban allí, porque el resto de los clubes de la provincia no podía acceder a esos créditos. Es decir que en varias provincias argentinas la situación se repetía: el contacto entre el fútbol y la política resultaría fundamental, aun cuando las asociaciones argentinas mantenían una estructura amateur y no integraban en su seno a la mayoría de las provincias.

En diciembre de 1923, el presidente Marcelo T. de Alvear había fundado el Comité Olímpico Argentino (COA) y había colocado de presidente a Ricardo Aldao, que en 1912 se había peleado con la AAF y había creado la Federación Argentina. El COA sería el nuevo botín de disputa entre la AAF y la Asociación Amateurs. Quedaban apenas meses para los Juegos Olímpicos de París y Aldao le comentó en el verano a Beccar Varela (presidente de la Amateurs) que su idea era llevar el mejor equipo posible, no importara de dónde vinieran los jugadores, pero que si en marzo no había equipo, no habría participación. Al contrario, el presidente de la vecina AUF, Atilio Narancio, hipotecó su casa para que el equipo viajara a Francia en tercera clase, y salió campeón. Llegado marzo, en Argentina no hubo acuerdo en el



fútbol, y el COA, que tenía su sede en donde hoy es la de la AFA, Viamonte 1366, le comunicó al Comité Olímpico Internacional (COI) que no viajaría. *Crítica*, entonces, publicó un artículo que se titulaba “Mientras tanto... los argentinos miramos”, que decía:

Las rencillas caseras, las ambiciones personales, han impedido que nuestra representación futbolística diera una oportunidad a nuestros aficionados a festejar, como lo están haciendo los uruguayos, victorias nuestras. El equipo argentino no viajó a París por la intransigencia de cuatro señores empeñados en desconocer la organización deportiva internacional y en obstruir nuestra unión deportiva. La AAF, con un gesto patriótico que la eleva, accedió a reconocer elementos que con su indisciplina manifiesta provocaron el cisma del popular deporte. Pero el Comité Olímpico Argentino no se conformaba con esa concepción porque quería hacer primar en nuestro país a los disolventes...³³

Cuestión de estilo

Por entonces, y con el éxito de la selección uruguaya en los Juegos Olímpicos de París en 1924, el estilo criollo iba desentendiéndose del de sus antepasados, gracias a un juego basado en el aspecto individual, como las gambetas, las bicicletas y las marianelas. Así se fue consolidando una manera muy diferente de jugar a la de los originarios ingleses.

En marzo de 1924, la dirigencia de la AAF contrató los servicios del club inglés Plymouth Argyle, de la Tercera (subcampeón) pagando 120.000 pesos por la disputa de seis partidos. Un arreglo similar al que había tenido la Asociación Amateurs con el Lanark escocés. En el primer encuentro, los ingleses, vestidos de verde, ganaron 1-0 en el estadio de Sportivo Barracas, aunque la prensa sostenía que “no mostraron nada novedoso con relación a visitas anteriores”.³⁴ En el segundo partido, el equipo argentino venció a “Los Loritos” (como los llamaron por el color de las camisetas) 3-0 con dos goles de Gabino Sosa (allí nació aquel mito del “Payador de la Redonda”) y Manuel Seoane. Los ingleses jugaron otros dos amistosos en Rosario, empatando 0-0 y perdiendo 2-1 contra Newell’s Old Boys; luego le ganaron 1-0 al seleccionado de la AAF, y por último perdieron ante Argentina 1-0 vistiendo la camiseta de Alumni como homenaje a este equipo. A partir de esta visita, *El Telégrafo de la Tarde*, con la firma de Nicasio, publicó un poema que marcaba la tendencia del momento.



El consenso era unánime. Ya los ingleses no tenían nada que enseñar al fútbol argentino y hasta había cierto aire de superioridad: en las canchas argentinas, se jugaba mucho mejor y con mayor inventiva. Ya no tenía sentido seguir pagando a equipos británicos para que vinieran de visita. El diario *Crítica* llegó a sentenciar:

A los aficionados no les interesa más el juego de los “Argyle”, que tan brillante campaña realizaron en la Liga Sur de Inglaterra. Una vez conocido el juego, desaparece el interés. Ocurrió lo mismo con los escoceses que nos visitaron el año pasado... ¿Qué enseñanza nos dejaron? Los escoceses, la práctica de dar córners en momentos de apuro; y estos del Plymouth, la colocación en la cancha, cosa que no necesitábamos que ellos nos la enseñaran pues que ya la sabíamos de memoria y si no la hemos puesto en práctica es porque sencillamente no tenemos tiempo porque no somos profesionales.³⁵

A propósito del definitivo asentamiento del fútbol criollo sobre el inglés, el investigador Eduardo Archetti sostiene que la victoria de la selección uruguaya en los Juegos de París (1924) y la gira de Boca por Europa (1925) confirmaron la existencia de un “fútbol rioplatense”.³⁶ También dice que hasta 1925 los jugadores argentinos eran más ingleses que los uruguayos, y esto, visto incluso desde la óptica de los propios jugadores uruguayos.

En 1928, el periodista Ricardo Lorenzo, “Borocotó”, desarrolló la teoría de la “Gambeta Criolla”, que elaboró en 1950. Sostenía que las transformaciones para este estilo solo podían provenir de los descendientes de inmigrantes latinos, gracias a “la libertad de los pibes criollos”, que aprendieron a jugar espontáneamente en los potreros, sin maestros. Esa era la diferencia con respecto a Inglaterra, en la que el fútbol formaba parte del sistema escolar. La evolución del fútbol de origen británico en Argentina estaba relacionada con la implementación del sistema educativo británico, y por eso los grandes clubes británicos de la época habían surgido de instituciones educativas. En cambio, Borocotó recuerda que el fútbol argentino se hizo conocido en el mundo a través de la gambeta, y los jugadores argentinos que emigraban eran mejores gambeteadores que los locales.³⁷

Chantecler, otro destacado periodista de *El Gráfico*, también desarrolló una teoría sobre el fútbol criollo: la gambeta como expresión del cuerpo, manifestación esencial del carácter criollo. Expresa la habilidad y la astucia del criollo, opuestas a la carencia de arte del británico.³⁸ Entonces, a los principios fundamentales de la teoría de Borocotó, que incluye la pura imagina-



ción del pibe, se les debe agregar el componente de la astucia.³⁹ Para Chantecler, los británicos son fríos y matemáticos y, por eso, juegan un fútbol “aprendido”. En contraste, los rioplatenses, cálidos y capaces de improvisar, juegan un fútbol “inspirado”. A su vez, dice que los argentinos juegan con el corazón, son más rápidos y agresivos, mientras que los uruguayos juegan con la cabeza, son más calmos y románticos.⁴⁰ Chantecler desarrolla la idea del “crisol de razas”: “Un criollo no nace, se hace”. El estilo criollo se basaba, por contraposición al británico, en el juego al ras del suelo, como la Pampa, contra el aéreo de sus antecesores, a los que fue venciendo hasta no necesitarlos.

La fusión llega hasta la Presidencia de la Nación

Era tal el crecimiento de la industria del fútbol, que siguieron apareciendo nuevos trabajos y personajes; entre ellos, los agentes. Así fue que, para 1925, Estudiantes de La Plata presentó una nota oficial para que se sancionara un reglamento para los pases de futbolistas que contemplara el tema de los agentes, que ya pululaban sobre ellos. Se refería a “situaciones que les crean (a los clubes) individuos sin escrúpulos constituidos en verdaderos empresarios para la obtención del concurso de jugadores, en perjuicio de los clubes”, pero también sostenía que “hay clubes que mediante retribuciones obtienen y aseguran el concurso de jugadores en sus equipos. No les interesa formarlos en las divisiones inferiores, no haciendo así nada por el fomento del deporte y constituyendo una amenaza constante”.⁴¹

Si había un medio con peso en la opinión pública que aparecía como fiscal de la organización del fútbol, era sin dudas el diario *Crítica*, por lo que no extrañó que, para principios de 1926, un grupo de dirigentes encabezados por el ex presidente Aldo Cantoni convenciera al periodista Natalio Botana para que se hiciera cargo de la AAF. Entre otros proyectos, Botana quería construir un megaestadio para 150.000 personas en la Sociedad Sportiva de Palermo, pero el terreno fue tomado por el Ministerio de Guerra, que decidió edificar allí el Campo Argentino de Polo. Era claro quién mandaba. Botana, de todos modos, fue tendiendo puentes con la Asociación Amateurs, que a su vez creó la Segunda División (una manera de atraer en el futuro a los clubes chicos de la AAF). Botana puso el pie en el acelerador e hizo jugar un partido entre Racing Club, el más popular de la Amateurs, y Colegiales, el equipo sensación de la AAF. Esto generó malestar y rebeldía. Se propuso un voto de censura contra Botana, al que amparaba



el diario *Crítica* (donde había trabajado), y Colegiales decidió pasarse a la Amateurs. Mientras, dado que Sportivo Barracas había puesto la cancha, también fue sancionado. Botana renunció. Volvió entonces Aldo Cantoni, pero la espantada ya era general y se habían ido All Boys, Nueva Chicago, El Porvenir y Adrogué. La AAF estaba herida de muerte.

El 14 de octubre, de manera sigilosa (aunque el diario *La Argentina* los encontró y publicó la información), se reunieron en un despacho del Senado Cantoni (AAF), Beccar Varela (Amateurs) y el presidente Marcelo T. de Alvear para dialogar sobre la posible fusión. Si bien Julio Roca había tenido alguna pequeña relación con el fútbol, la de Alvear era la primera gran incursión de la política en este deporte, incidiendo directamente entre sus dirigentes. Desde ese momento, no habría mandatario argentino que no le prestara especial.

El 12 de noviembre, por fin, lauda entre ambas asociaciones el presidente Marcelo T. de Alvear. La necesidad de refusionarse era respaldada por un cambio reglamentario en la FIFA en el Congreso de Roma, que permitía rever las afiliaciones “cuando la institución a la que fuere acordada hubiese perdido la representación del football nacional”.⁴²

Otro punto era la permanente indisciplina en ambas entidades. Por ejemplo, cuando un jugador era suspendido en una, se pasaba a un club de la otra (el excepcional *insider* Manuel Seoane jugaba para Independiente y para El Porvenir y hasta formó parte de la gira de 1925 por Europa con Boca).

Nunca fue tan clara la mediación presidencial hasta entonces:

En mi carácter de árbitro para dirimir las cuestiones que dividen a la dirección del football argentino, designado por el señor Presidente de la Asociación Argentina de Football, doctor Aldo Cantoni, y por el señor Presidente de la Asociación Amateurs de Football, doctor Adrián Beccar Varela, según así resulta de la nota por ellos suscripta [...] resuelvo: 1ro- La Asociación Argentina de Football y la Asociación Amateurs de Football deben fusionarse constituyendo una sola institución que se denominará “Asociación Amateur Argentina de Football”; 2do- Se convocará a una Asamblea con los clubes de Primera de las dos, que será citada por los dos presidentes y con quórum de la mitad más uno de sus miembros para determinar cuál de los estatutos regirá; 3ro- Se designará un presidente para los ejercicios 1926 y 1927.

El Punto 4to determinaba qué equipos debían jugar en la Primera A. En el quinto punto se instaba a notificar de la fusión en 48 horas a la Conmebol y a la FIFA.



Sin dudas, este laudo, en buena forma, retrotraía la situación del fútbol argentino a 1919, y el triunfo era para la Asociación Amateurs, que iba cooptando a todos los clubes de mayor convocatoria, algo que ya venía notando la dirigencia de la AAF sin poder torcerlo. Ahora, de los 19 delegados, 13 eran de la Amateurs y apenas seis de la AAF. El panorama se presentaba evidente, y esto quedaría bien claro en el discurso de Beccar Varela, el dirigente “triumfante”, en la asamblea siguiente:

El Sr. Presidente de la Nación, con criterio claro, con espíritu patriótico y con saber de estadista que tiene trazada una sola línea y un concepto definido de su autoridad, ha entregado la solución de los problemas vitales del football argentino a las entidades más antiguas, de mayor arraigo y de mayor potencialidad directriz: a las instituciones que en las épocas iniciales e inciertas de este deporte, sin reparar en sacrificios y venciendo todas las dificultades, echaron la semilla que debía fecundizar en toda la República en forma sorprendente y jamás imaginada.⁴³

Un dato político relevante de la nueva Asociación Amateur Argentina de Football (AAAF) era que reconocía a la Confederación Nacional de Football de la República Argentina, delegando en su Consejo Permanente la solución de los conflictos que afectaban al interior del país (porque se había constituido una confederación de ligas provinciales en la Asociación Amateurs, que ahora retomaba la asociación fusionada). De esta manera, además de la fusión entre las dos entidades, se daba un paso importante para buscar abarcar todo el país, y no solo el ámbito de la Capital y la provincia de Buenos Aires. Y por si aún quedaba alguna duda sobre cuál había sido la asociación ganadora en el conflicto, se jugaría con los estatutos y reglamentos de la Amateurs. Beccar Varela era elegido presidente, como no podía ser de otra forma.

Ya con el fútbol argentino fusionado, en 1928 ocurrieron dos hechos importantes: la construcción del estadio de cemento de Independiente, la llamada “Doble visera”, y la realización de los Juegos Olímpicos de Ámsterdam, a los que, ahora sí, la delegación argentina estaba dispuesta a viajar y participar con todo su potencial, perdida la chance de 1924 en París.

El estadio de Independiente, el primero de cemento, se construyó en las mismas tierras en las que había estado su anterior estadio de Crucecita, que desapareció por un incendio que, muchos creen, fue provocado por Barceló, el intendente cercano a Racing. El estadio había sido ideado por el dirigente Pedro Canaveri en 1923.



En cuanto a los Juegos de Ámsterdam, la AAAF decide ir con todo, con una gran delegación y con tiempo para amistosos de preparación en Europa. Sin embargo, el periodista Hugo Marini, enviado de *Crítica*, se queja de la actitud de estrella de algunos jugadores: “De los 22 —escribía—, solo ocho o nueve (se) entrenan. El entrenador Lago cree que no es posible obligarlos a hacer *training* con el frío que hace a las siete de la mañana sin que cada jugador tenga el sweater de abrigo. Desde el hotel a la cancha hay 300 metros. Ese trayecto hay que hacerlo con el uniforme. Los sweaters no se compraron porque la AAAF no autorizó a los delegados”.⁴⁴

La final se jugó ante Uruguay. En semifinales, aunque se le había ganado 6-0 a Egipto, se lesionó la figura Roberto Cherro, estrella de Boca. En su lugar jugó Gainzarain, que con el partido empatado 1-1 perdió una clara posibilidad sobre la hora, obligando a un desempate que derivó en el triunfo uruguayo por 2-1. Los celestes volvieron a consagrarse campeones olímpicos.

Un año más tarde, Beccar Varela renunciaba a la presidencia de la AAAF para dedicarse a promocionar a Uruguay como sede del Mundial 1930 por distintos países. Desde 1929, sería reemplazado por Juan Pignier, en tiempos en los que Hipólito Yrigoyen asumía la presidencia de Argentina por segunda vez y generaba expectativa popular, a la que el fútbol no podía estar ajeno. Con las aguas revueltas por el cambio de gobierno y la ya instalada AAAF, el campeonato llegará a tener 36 equipos en Primera para 1930, una cifra considerada altísima y que marcaría uno de los grandes debates del fútbol argentino con el paso del tiempo. Los ingresos de los clubes provenían de la venta de entradas, la cuota social, la publicidad, las donaciones de los socios, los subsidios y préstamos, la organización de eventos y el arrendamiento o mantenimiento del estadio y otras instalaciones.⁴⁵

El año 1930 sería, sin dudas, muy especial: Uruguay, bicampeón olímpico (hasta ese momento equivalía a ser el mejor equipo del mundo), organizaría el Primer Mundial, al festejar el Centenario de su Independencia. La Selección Argentina, finalista de los Juegos Olímpicos de 1928, se quedaría en la puerta de la gloria ante el mismo rival, luego de irse ganador del primer tiempo por 2-1. Caería por 4-2 en un partido en que, según dijeron algunos protagonistas y allegados, el volante de San Lorenzo Luis Monti habría recibido amenazas.

Pero 1930 sería también el año del golpe militar a Yrigoyen, que interrumpiría el gobierno democrático e instauraría una larga etapa de dictaduras. Llegaba la Década Infame y los tiempos del Fraude Patriótico de los conservadores. El fútbol sufriría las consecuencias.

